

DIEGO BLANCO

El Club del  
**Fuego Secreto**



Baker Street

MYSTERY INC.



EL MAESTRO DE MENTIRAS

Diego Blanco  
El club del Fuego Secreto

6

El Maestro de Mentiras

© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2022  
© Ilustración de cubierta: Clara Rodríguez Ríos  
© Ilustraciones del póster e interiores: Pepmi Garau

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección El club del Fuego Secreto, nº 6

Fotocomposición: Encuentro-Madrid  
Impresión: Cofás-Madrid  
ISBN: 978-84-1339-124-3  
Depósito Legal: M-24350-2022  
*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607  
[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

*Para todos los David, Dany, Óscar, Paula  
y Koke con los que me he encontrado  
en mis visitas a colegios. Y para todos  
los que me quedan por conocer.*



*Desearía saber escribir algo que fuera  
tan misterioso como un gato.*

Edgar Allan Poe  
Misterioso escritor de relatos de misterio

Aquí podrás encontrar mis canciones favoritas para acompañar tu lectura. Entra en la lista de:



**Club 6: El Maestro de Mentiras**

y ¡disfruta de la aventura!

# INTRODUCCIÓN

Spotify  Pista nº 1



Él era la causa de todos los males. El malvado jugador de ajedrez que se escondía detrás de todo. El mayor y más grande villano de la historia.

Tenía razones más profundas, proyectos más grandiosos, objetivos más siniestros y metas más apocalípticas que cualquier villano de tres al cuarto, además de un poder inmenso con el que ningún héroe podría acabar de buenas a primeras.

Él no era Quirrell, era Voldemort. No era Darth Vader, era el Emperador Galáctico. No era Littleboy, ni Fatman; era el Maestro de Mentiras.

Y estaba enfadado. Muy enfadado. Más enfadado que cuando Jadis cayó ante Aslan, mucho más que cuando Scrooge dejó de obedecerle. Muchísimo más que cuando

aquel ridículo mediano le expulsó de la Tierra Media.

Y la culpa de todo la tenían cinco estúpidos mocosos a los que no había logrado vencer a pesar de haber estado arrojándoles toda clase de mentiras y sufrimientos desde la infancia.

Ni la muerte, ni la culpa, ni el acoso escolar, ni la insignificancia, ni el miedo a la enfermedad habían funcionado.

Nada parecía haber hecho mella en ellos. Su fe en la amistad y en el Fuego Secreto les protegía. Y eso le daba náuseas.

Era hora de subir donde ellos y jugar personalmente sus cartas. De aplastar sin piedad sus esperanzas, hacer arder cada una de sus ilusiones y triturar todas sus certezas antes de que fuera demasiado tarde y encontraran el Fuego Secreto.

Si supieran lo cerca que habían estado... Ese maldito hilo rojo había estado a punto de arruinarlo todo.





# EXTRAÑO EN UN TREN

Spotify  Pista nº 2



# 1

A Paula lo que le reventaba era que, a las nueve menos cuarto de la mañana, recién tomado el vaso de colacao con cereales, con el sabor del dentífrico todavía en la boca, la legaña a medio quitar y cara de almohada, se le apareciese al bajar del metro un grupito de compañeros de colegio esperándola para morirse de risa, señalarla, sacarle alguna foto a escondidas y, en fin, cachondearse de ella a la cara.

Es que se ponía mala.

Se ajustó las gafas de sol al puente de la nariz y apoyó la cabeza en la ventanilla del compartimento con la mirada perdida en el ondulado paisaje de suaves colinas verdes. Le había mangado las gafas (no es

lo mismo mangar que robar, se decía a sí misma, mangar implicaba algo parecido a la confianza) a su hermana la lista. Unas gafas de sol de aviador, enormes, de cristales verdes y varillas doradas que le cubrían medio rostro. Ese era el objetivo: pasar desapercibida. Con ese fin, también había sustituido su coleta habitual por un pequeño recogido de mechones entrelazados, estilo Galadriel, que le había hecho Dany, a ver si entre eso y los cristales oscuros lograba pasar inadvertida y que no la señalasen como la niña del *Peyula-Stail*.

Porque lo que de verdad le reventaba era cuando la gente, al verla, hacía el *Peyula-Stail*. Trasero para afuera, brazo izquierdo estirado, brazo derecho recogido atrás como para lanzar algo por encima de la cabeza, dientes apretados, labio inferior salido y ojos de loca. Tal como hizo Millie Bobby Brown en la tele (Jimmy Fallon casi se muere de risa al verlo) cuando imitó



su forma de tirar un *dwarsligger* ante una audiencia de millones de personas.

— *This is the Paula Style!* — dijo la actriz, imitando la postura y poniendo esa cara tan rara.

Y así nació el *Peyula-stail*.

## **DISIS DE PEYULA-STAIL!**

Y todo el mundo, ay qué bueno, es que me meo.

Pero ninguno de ellos vio el *dwarsligger*, pensó Paula, su cabeza traqueteando contra el cristal al ritmo de la locomotora. Ni a los monstruos que los rodeaban en aquel parque. Ni el hilo rojo que los sacó de allí. Tampoco lo vieron el resto de millones que se reían de ella en Internet. Solo vieron a unos cuantos chavales jugando con paraguas y palos y haciendo como que tiraban

objetos inexistentes a seres inexistentes mientras daban saltitos y volteretas.

En fin. Visto así, claro, ridículo total.

Y, aunque le reventase, desde hacía mes y pico se tenía que aguantar. Quizá ahora, con este viaje y con el cambio de aires, la cosa fuera a mejor. De todos modos, mejor no quejarse, porque sus pobres amigos del club lo habían pasado aún peor.



## 2

Koke se estiró y coló como pudo una pierna en el asiento de enfrente, dándole, sin querer, una pequeña patada a Paula con sus Pompeii Higby Jute Moss.

—Perdona, *Peyula* —le dijo, mostrando sus blanquísimos dientes en una de sus habituales sonrisas encantadoras.

Por toda respuesta, la aludida se levantó las gafas y, bizqueando, arrugó la nariz. Un instante después volvió a pegar la frente contra la ventanilla, escondida de nuevo tras unos cristales tan oscuros como sus pensamientos.

Aún sonriendo, Koke se acomodó lo mejor que pudo. El compartimento era

cómodo pero estrecho y él era un chico bastante alto, un auténtico patas largas, y le estaba costando encontrar la postura.

En un gesto inconsciente miró de reojo su reflejo en la ventanilla y se ajustó el caballo para que le quedase como a él le gustaba, milimétricamente despeinado.

Suspiró. Pobre Paula. Pobres todos ellos. Qué tío más asqueroso, el Ricky. Por su culpa, en virtud de unos cuantos millones de visualizaciones de un vídeo mal hecho, se habían convertido en el hazmerreír de medio mundo. Ahora Koke era uno más, un miembro de pleno derecho del grupo de los pringados. Pero eso no le entristecía en absoluto, más bien al contrario. Claro que el acoso le hacía sufrir, tanto como a los demás, pero le consolaba pensar que los pringados eran los únicos que conocían la verdad. Los únicos que sabían que los miedos tenían forma, que se podía luchar contra ellos y vencerlos, que



el Fuego Secreto existía y que el Maestro de Mentiras quería arrancar toda felicidad de la faz de la tierra. Él y sus amigos del club habían visto la realidad que se extendía más allá de todo aquello que sus acosadores podían ver y tocar. Ojalá todo el mundo pudiera verla, pero por desgracia no era así. La verdad solo la conocían unos cuantos: los pringados. Y, si ser uno de ellos era el precio que tenía que pagar por conocerla, lo pagaría con gusto. No tenía sentido abandonar, aunque ahora le tocase pasarlo mal. ¿Para qué iba a hacerlo? ¿Para vivir como si nunca hubiera visto lo que había visto? ¿Para regresar al otro bando y convertirse de nuevo en acosador en lugar de acosado?

La luz del atardecer coloreaba el paisaje con tonos granates. El tren traqueteaba en dirección contraria al sol, que comenzaba a sumergirse detrás de un pequeño

bosquecillo allá a lo lejos. Koke volvió a removerse; definitivamente, no encontraba la postura.

No quería volver al otro bando, de eso estaba seguro. No era un lugar muy feliz ese otro lado, por mucho que se esforzasen en aparentar que sí, tanto en vivo como *online*. Él lo sabía bien, había vivido mucho tiempo allí. Sabía que muchos en ese lado no eran más que sombras que se arrastraban de aquí para allá, huyendo constantemente de *oscuros* que no podían ver pero sí notar, buscando un poco de afecto o algo de diversión que les hiciera sentir vivos. Koke prefería mil veces ser considerado un pringado a tener que vivir así otra vez, como si nunca hubiera empuñado una espada de madera; como si nunca hubiera pilotado una nave alrededor de un agujero negro; como si nunca hubiera derrotado a una bruja malvada.

Esa es la razón por la que no se atrevía a quejarse por el acoso que ahora le tocaba



sufrir. Por eso y porque si ellos lo estaban pasando mal, Dany, pobrecilla, con la muerte de su abuelo y todo lo demás, lo estaba pasando aún peor.

### 3

Todo lo que ella en alguna ocasión había considerado su hogar se había convertido en cenizas.

El solar de la librería George&The Dragon estaba cercado por paneles de madera con carteles naranjas y amarillos que anunciaban la próxima apertura de una tienda de accesorios de móvil.

El Museo de los cuentos, aquel prodigioso lugar donde había crecido rodeada del amor de su abuelo y de los tres profesores, se alzaba ahora deforme, convertido en el esqueleto de un edificio, sus ventanas oscuras, tan negras como las cuencas vacías de una calavera. Un guiñapo arrojado descuidadamente sobre una loma yerma y amarillenta.



Paula había sido muy amable al invitarla a vivir en su casa aquella temporada, pero Dany lo había rechazado porque no quería ser una carga. Por eso Reading le había enviado a vivir a casa de una amiga suya, Ada, una encantadora anciana, antigua bibliotecaria de Oxbridge muy amante de los gatos, para que cuidase de ella.

Dany la veía dormitar plácidamente, mecida por el suave traqueteo del tren, con la cabeza apoyada en el hombro de Óscar y sus manos arrugadas sosteniendo un enorme bolso de abuela y un viejo libro. Solo el atisbo de una sonrisa junto a algún ronquido fugaz convencía a Dany de que aún seguía con vida, ya que la ancianita llevaba dormida desde que el tren partiera de Oxbridge, varias horas atrás.

Aunque todavía le costaba asimilar la muerte de su abuelo, la sensación de soledad se había visto amortiguada por la cercanía de sus amigos del club, que no le habían

dejado tiempo ni para estar un poco triste. Pasaba las horas en la biblioteca de su nuevo apartamento, dejándose mimar por Ada y buscando información que les pudiese aportar alguna pista sobre su búsqueda del Fuego Secreto o, al menos, sobre los tres profesores. Liechtenauer no había dado señales de vida y los chicos temían que hubiese caído también en manos del Maestro de Mentiras. Mientras, Reading también se había visto obligado a partir pero por otra razón. Se oían rumores sobre el Maestro de Mentiras. Rumores que, de ser ciertos, serían terribles. Parecía que no estaba dispuesto a sufrir más derrotas como la de KvITvrland y había iniciado un contraataque. En una ofensiva brutal, algunas casillas habían sido reconquistadas por la KvITvrie: *1984*, *Los juegos del hambre* y *El corredor del laberinto* habían caído, y la casilla de la Muerte, donde se creía que habitaba el Maestro de Mentiras, había cambiado su



ubicación en el tablero, agrupándose con la del Pozo, el Laberinto, *Drácula*, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* y las dos casillas de dados, formando un bloque mortal, prácticamente infranqueable, justo a la entrada del jardín del Eventyr, la casilla final. Además, por lo que Reading les había contado, el observatorio permanente de Oxbridge había detectado la desaparición de varias mariposas cuyas casillas estaban ahora vacías. Por eso se había visto obligado a partir con el fin de realizar averiguaciones y preparar la defensa para lo que estuviera por venir.

De eso hacía ya semanas, y tampoco habían tenido noticias suyas. Pero Dany no quería inquietarse demasiado. Sabía que en el mundo del Eventyr el tiempo transcurría de otra manera y que comunicarse con el otro lado no siempre resultaba sencillo.

Así que, poco a poco, casi sin querer, había ido acostumbrándose a su nueva vida.

Una vida que transcurría, como un río de aguas lentas, entre la biblioteca del apartamento con olor a gato y el Starbucks o el centro comercial Seahaven donde solía encontrarse casi todos los días con los chicos del club.

No. No podía quejarse. Por mucho que hubiera sufrido no podía quejarse. El resto, pobrecillos, los que habían salido en el vídeo, esos sí que lo estaban pasando mal.





Tras la épica batalla del episodio anterior, David, Dany, Óscar, Paula y Koke se encuentran listos para la próxima aventura. Esta vez acudirán al extraordinario parque de atracciones Storybook, donde los principales personajes de los libros cobran vida. Su visita estará atravesada por la inquietante presencia del Maestro de Mentiras, el malo más malo de todos, dispuesto a sembrar la discordia y el terror entre los chicos del club.

En compañía de algunos famosos detectives y otros personajes, deberán resolver el misterio que se esconde detrás de los asesinatos y desapariciones que se están produciendo en Storybook.

Acompaña a los miembros del club del Fuego Secreto a descifrar enigmas, buscar pistas y descubrir a los sospechosos. ¿Podrás desentrañar el misterio de Storybook?

*¡Por favor, no le cuentes  
a nadie el final!*

ISBN: 978-84-1339-124-3



9 788413 391243